BITÁCORA
Del Pensante
El espacio del que se la piensa

EL INICIO INESPERADO DE CAPERUCITA ROJA

Por Jennifer Cortés Jiménez
Comunicadora Social

En un pueblito pequeño, frio, inhóspito y de abundantes cosechas, llamado Fredonia, vivía la niña más glotona y holgazana de Antioquia; doña Concubina Tangarife, su madrasta, era una mujer ambiciosa y vanidosa, que además, estaba exasperada con la forma de comer de la niña y su abuela Rubiela de Muñetón mucho más todavía. Esta pretenciosa mujer vivía avergonzada con todas las personas del pueblo por la apariencia de su hijastra, y por ello le mando hacer una caperucita roja, una gran capa que la cubriera lo suficiente para que nadie la pudiera reconocer. Una tarde a la hora del almuerzo, su madrasta a propósito, terminó de freír unas deliciosas empanadas, que apenas significaban un pequeño bocadillo para comelona chica, ella viendo el rostro de desencanto de la pobre, le dijo.

-Anda a ver si tu abuela te invita almorzar, y de paso le llevas estas empanaditas para no pasar de conchuda; y ya sabes, cuidadito con decirle a alguien que yo soy tu madrasta.

Caperucita famélica, emprendió camino a toda prisa a ver a su abuela que aunque vivía en otro pueblo, ella sabía de los ricos banquetes que cocinaba y no le importó. Al pasar por un bosque, se encontró con el compadre lobo, que tuvo muchas ganas de comérsela, pero no se atrevió porque unos leñadores andaban por ahí cerca. Él le preguntó a dónde iba. La pobre niña, que no sabía que era peligroso detenerse a hablar con un lobo, le dijo:

-Voy almorzar donde mi abuela, y le llevo unas empanaditas que mi madrasta, perdón, que una señora de mi pueblo le mandó.

-¿Vive muy lejos? -le dijo el lobo.

-¡Oh, sí! -dijo Caperucita Roja-, más allá de los cafetales que se ven allá lejos, en la primera casita del pueblo.

-Pues bien -dijo el lobo-, yo también quiero ir a verla; yo iré por este camino, y tú por aquél, y veremos quién llega primero.

El lobo partió corriendo a toda velocidad por el camino que era más corto y la niña se fue por el más largo entreteniéndose en coger avellanas, en correr tras las mariposas y en hacer ramos con las florecillas que encontraba. Poco tardó el lobo en llegar a casa de la abuela; golpea: Toc, toc.

-¿Quién es?
-Es su nieta, Caperucita Roja -dijo el lobo, disfrazando la voz-, le traigo unas empanaditas que doña Concubina le envía.

La abuela desanimada por tan desagradable visita, estaba descansando acostada porque había madrugado a ordeñar, le gritó:

-Tira la aldaba y el cerrojo caerá.

El lobo tiró la aldaba, y la puerta se abrió. Se abalanzó sobre desmadejada viejita y la devoró en un santiamén, pues hacía más de tres días que no comía. En seguida cerró la puerta y fue a acostarse en el lecho de la abuela, esperando a Caperucita Roja quien, un rato después, llegó a golpear la puerta: Toc, toc.

-¿Quién es?
Caperucita Roja, al oír la ronca voz del lobo, primero se asustó, pero creyendo que su abuela estaba resfriada, contestó:
-Es su nieta, Caperucita Roja, le traigo unas empanaditas que doña Concubina le envía.
El lobo le gritó, suavizando un poco la voz:
-Tira la aldaba y el cerrojo caerá.
Caperucita Roja tiró la aldaba y la puerta se abrió. Viéndola entrar, el lobo le dijo, mientras se escondía en la cama bajo la frazada:
-Déjalas en el escaparate y ven a acostarte conmigo.

Caperucita Roja se desviste y se mete a la cama y quedó muy asombrada al ver la forma de su abuela con pijama a esas horas del día. Ella le dijo:

-Abuela, ¡qué brazos tan grandes tienes!
-Es para abrazarte mejor, hija mía.
-Abuela, ¡qué piernas tan grandes tiene!
-Es para correr mejor, hija mía.
Abuela, ¡qué orejas tan grandes tiene!
-Es para oírte mejor, hija mía.
-Abuela, ¡qué ojos tan grandes tiene!
-Es para verte mejor, hija mía.
-Abuela, ¡qué dientes tan grandes tiene!
-¡Para comerte mejor!

Y diciendo estas palabras, este lobo malo se abalanzó sobre Caperucita Roja y se la comió.